

# LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.

Esta REVISTA se publica  
los días 15 y último de cada mes.

Se remite á la Isla franco de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO  
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.  
S. Sebastian - 75.  
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.

12 rs. ctes. por trimestre adelantado.

Solo se admite suscripcion por trimetr.

## RECUERDOS DEL SAN JUAN.

(Conclusion.)

### II.

Tulio era lo que se llamaba un guapo mozo, y creíase amado por Lucía. Su amor era tan susceptible, que hasta de la brisa que pasaba murmurando y agitaba la cabellera de la joven tenía celos; mal estaba, pues, con verla en el empedrado expuesta á las miradas, loas y galanteos de la juventud masculina.

Como sólo había venido á la fiesta con la mira de lucir ante aquella su famoso *Careto*, brioso y bello animal que, segun creían Tulio y sus amigos entre ellos Don Anselmo, podría jugarse con la Liebre y Rompe-Losas, llamados así, el primero por lo veloz de su carrera, y el segundo por la arrogancia y firmeza de su pisar, que no parecía sino que iba á quebrar con su casco el embaldosado de las calles; todo lo que no fuese este propósito, ó lo que es lo mismo, el de recibir como para sí, ante los ojos de Lucía, los aplausos que se tributasen á su caballo; le encontraba indiferente.

Llegó la víspera de San Juan, y al amanecer alborotó las calles y alborozó las gentes, la famosa cuanto ya bien muerta *alborada de la leche*, llamada así, porque iba á Puerta de Tierra á recibir á los lecheros y demas campesinos con cencerradas, silbidos y otras demostraciones mas expresivas, aunque nada cultas; y tras la algazara del día, barridas y regadas las calles, comenzaron las carreras á lo largo de las de San Francisco y la Fortaleza, en un sentido, y la del Cristo en otro; es decir, hacía arriba, por ser las de mejores condiciones para la *andadura*.

Presentóse Lucía en su *Patí-blanco*, entre Don Anselmo que montaba su Indio, y Tulio que cabalgaba en el ya mencionado *Careto*.

¡Cuántos murmullos de aprobacion á la *jineta* y á los tres caballos! Parecía que Don Anselmo y Tulio no eran animales tan peregrinos

que merecieran aquella aprobacion; ya se ve, á la primera, porque aparte de la galantería, estaba encantadora, y á los segundos, porque puede decirse que aquella era su fiesta y exposicion.

Los ojos de Lucía parecían dos luces (si estas pueden ser negras) que iluminaban un semblante satisfecho. El padre no cabía de gozo: Tulio no las tenía todas consigo. En cuanto á los jacos; qué bien aderezados! ¡qué piafar y qué corvetas! La brisa que sacudía levemente sus crines, les recordaba las llanuras de Yabucoa, las bajuras de San German, de Caguas y de Arecibo, cuyo crédito se mostraba en aquella lozanía, robustez y apostura.

Pero como todo no había de ser para Lucía aquella tarde, se mostraban cual competidoras suyas

en belleza y gallardía  
las mas hermosas *jinetas*  
que en nuestros campos había.

Allí estaba Játima la Caguëña, que como Lucía, había robado sus ojos y sus cabellos á la noche, y su color al puro y delicado ámbar.

La Capitaleña Julia, que con ojos celestes y cabellos de oro, parecía una vision de Osian perdida bajo el cielo de los trópicos.

Láura, que tenía todo el garbo de las palmas reales que rodearon su cuna; y tantas otras, que, si no mas bellas y graciosas que Lucía, no por eso dejaban de rivalizar con ella.

Don Anselmo que se había prometido la victoria absoluta, vió con pena compartidos los aplausos; con tanto mayor motivo, cuanto que entre los corceles que corrían, los había de primera, y el Manchado hubo de pavonearse con la flor de las celebraciones; cosa que no le amostazara tanto á no llevar aquél en su lomo á la Caguëña.

Retiróse desabrido á su alojamiento; y no lo iba menos Tulio, que con sus ojos, que todo lo veían aquella tarde, había creído observar que Leoncio, joven capitaleño, enamoradizo y novélero, galanteaba á Lucía sin ser mal

recibido de la campestre ninfa. Oh! maldita influencia del *empedrado*! En el *seboruco* no habría pasado esto, porque allí no había Leoncios, y Tulio cantaba en su gallinero.

## III.

Llegó la noche. Encendiéronse hogueras en todas las esquinas de la ciudad, pues para las carreras nocturnas, todas las calles eran buenas, con tal que se corriese en una sola dirección, según lo prescrito por el bando que reglamentaba la fiesta.

Si la tarde era sólo de los buenos caballos y jinetes *comme il faut*; la noche pertenecía á todas las clases y á todas las cabalgaduras, desde el jaco brioso hasta el *desalmado violin ó penca*. Aunque no desusada la silla ó galápago, la *banasta* era lo principal, á fin de que la *cumarracha*, que así se llamaba la hembra que algunos llevaban á la grupa, tuviese asiento mejor, y mas seguro asidero.

Destinábase una de las plazas para los caballos de alquiler, y esto era parte de la animación y de la fiesta.

A mas de las hogueras de las esquinas, para cuyo alimento no quedaba pipa, barril, ni cajón en la ciudad; pues habia que mantenerlas durante las cuatro noches de vísperas y días de San Juan y San Pedro, desde oraciones hasta las doce en que las *corridas* terminaban con la *retreta*; iluminábanse tambien los balcones de las casas; de suerte que parecía la ciudad un áscua de oro, como suele decirse, ó un verdadero incendio, al contemplarla desde las afueras.

Situábase para mayor alegría y animación, una banda de música militar en la plaza mayor y otra en la parte del átrio de Catedral que mira á la calle del Cristo, cuya construcción era entonces distinta de la de hoy por aquel punto.

Este sitio se llamaba en aquellas noches *balcón de los arrancados*, es decir, sin dinero para alquilar cabalgadura; y tal era el apóstrofe con que designaban los jinetes nocturnos á los numerosos espectadores que allí se establecían. Estos con bocinas y otros adminículos semejantes, entreteníanse en *chulear* y lanzar á los corredores, en pago de burlas parecidas, un arsenal de epigramas y dichos, algunas veces personales y no todos de buena ley, pero casi siempre chistosos y oportunos, hasta el punto de singularizarse ciertos espectadores por lo chusco ó divertido de sus *salidas*.

Y aunque este paraje era el principal, no era el único para el caso, puesto que en las puertas de los cafés los había tambien; así como las de muchas casas solían convertirse en estrado, sentándose enfilada la gente en las aceras por no bastar balcones y antepechos; eso sí, siempre dispuesta aquella á levantarse mas

que de ligero y á parapetarse tras de las sillas, cuando la trulla por lo numerosa, amenazaba con invadir todo el ancho de la calle.

Corríase al paso, y con frecuencia á escape, en parejas, en grupos, en trullas ó verdaderos escuadrones; y el continuo, ruidoso y desacorde pisar de tan desordenada caballería, los dichos, gritería y exclamaciones, la animación de los semblantes y movimientos, la misma luz de las hogueras y las casas, radiante aquí, desigual allí, mas indecisa, casi penumbrosa á trechos; y aquel pasar y repasar de caballos y jinetes de tan diversas cataduras, ya recibiendo de lleno la luz de las hogueras, ya perdiéndose en la menor intensidad, casi en la sombra; daban á aquellas carreras cierto tinte fantástico, vertiginoso, singularísimo.

Era correr y mas correr, correr con delirio; correr á reventar, hasta que sonando las doce de la noche, la *retreta* reunía en un solo grupo, inmenso y compacto, á todos los *corredores*.

Era este punto de parada la plaza mayor, de donde marchaban, precedidos de una de las bandas de música militar, hácia el cuartel que á esta correspondía. Allí terminaba la *jarana* por aquella noche, siendo la última la de San Pedro, que como tal solía ser la mas bulliciosa y animada de las cuatro. Y extraño parece; pero rara era la desgracia mayor que ocurría en tanto tropel y desorden... ordenado.

## IV.

Pero volvamos para terminar esta breve descripción, este leve recuerdo de la pasada costumbre, á nuestros tres amigos Don Anselmo, Lucía y Tulio.

Desazonado el primero, como digimos, con que su hija no hubiese dejado bizcos por completo á todos los espectadores y rivales en las carreras de la tarde; se opuso á tomar parte en las de la noche; y aún se acostó desde el toque de oraciones, ni mas ni menos que si estuviese en el *conuco*, echando de menos su *chinchorro*, y gruñendo contra Cágua y Yabucoa que habian producido, para su mal, una Cagüña y un Manchado.

Celoso á mas no poder nuestro Tulio, tomó parte en ellas disfrazado y con la mira de observar lo que pasaba en los balcones del alojamiento de Lucía, desde donde ésta presenciaba la fiesta nocturna en compañía de la familia de la casa, compuesta de otras jóvenes de su edad; pero, y este pero era mayor que el aguacate mas descomunal, tráfale de mal talante el haber dejado allí, entre otros mocitos, al para él *antipatiquísimo* Leoncio.

Y qué horror! Lucía coqueteaba entre risueña y romántica con el galán en el balcón, sin cuidarse de los que corrían, entre los cuales iba Tulio, que al ver esto, todo esto, sintió algo



parecido al vértigo y aún estuvo á punto de dar consigo en tierra á no asirse maquinalmente de las crines del caballo.

Desde entónces este infeliz vino á pagar su rabia. ¿Qué mayor acicate que los celos? Corría y mas corría bramando y tropezando con los demas corredores, que le apostrofaban y maldecían por tales choques y atropellos.

Empero aquel furor llegó á su colmo, cuando al pasar por la calle de la Fortaleza en donde moraba Lucía, no alcanzó á verla, por mas que se volvió todo ojos, en el balcon, de donde faltaba alguna otra de las jóvenes y sobre todo Leoncio. Ya hemos dicho que Don Anselmo se había acostado.....

Están corriendo!.... murmuró poco menos que echando espumarajos..... Ella irá á su anca de *cumarracha*, con sus trenzas sueltas y su pañuelito por la cabeza, de *tapadillo* como otras tantas! Oh! rabia! exclamó; y desde aquel momento, no se dió punto de reposo, pensando solo en dar con ellos, cruzarles el rostro á latigazos, derribarles del caballo y matarles allí.

La furia de Otelio contra Yago era nada en comparacion de la suya. Corría sin cuidarse de la direccion que imprimía á su caballo, buscando y mas buscando..... Metíase entre las trullas sin decir *allá voy*, atropellando y estropeando; mas de un latigazo recibió y devolvió en su carrera: á veces ni se paraba á contestar los que le sacudian acompañados de denuesos y maldiciones—Donde quiera que veía una *cumarracha*, figurábasela su Dulcinea y paf..... por en medio de todo el mundo se colaba á reconocerla.

A la cantera! Oír decir de vez en cuando—Dicho muy usual en aquellas noches.

—Allí debería ir á parar esa infame—murmuraba él llevando mas fuego en los ojos que todas las hogueras por entre las cuales se metía con su caballo, sin respeto al fuego que desparataba con violencia.....

Pero esto no podía durar, y cansado ya de perseguirla y de la fiesta y de la ciudad, tomó calle de la Fortaleza abajo, con direccion á Puerta de Tierra, y con la mira de abandonar la ciudad maldita en donde sólo hallaba un infierno.....

Pero como corría en contra de los demas é iba á escape, tras de atropellar á diez ó doce y derribar á otros tantos, pegó contra uno y cayó á su vez.

Hasta entónces había abusado de su masa multiplicada por su velocidad; pero el caballo no podía ya mas, y de Bucéfalo ó Babieca en lo fogoso, se había convertido con tanto estri-cote en otro Rocinante de puro molido.

No sintióse él menos al levantarse, como pudo ayudó á su caballo; y ámbos salieron por la puerta de la ciudad, en donde para tanto

mal suyo y de su cabalgadura, había entrado hacía pocos dias.

Siquiera él tenía celos, pero el pobre animal que no alimentaba iras contra nadie!.... Injusticias humanas! Abuso de la inteligencia sobre la fuerza bruta!

## V.

Pero parece que el Rocinante al sentir el aire libre del campo, y junto á su bello el aroma de la guinea que la brisa de la noche traía á su olfato, tornó á sus brios; y como comprendía que se trataba de volver á sus praderas, comenzó á correr como si nada hubiese pasado por él aquella noche.

El pobre jinete llevaba en sus oídos el rumor de la fiesta y en sus ojos un grupo que, á ser pintor, habría trazado: un mancebo odioso á lo París llevando á la grupa de su corcel á una Helena con trenzas y pañuelito en son de barbiquejo.... Y así cantaba con tristeza cual trovador infortunado, luego que el fresco de la noche le fué calmando:

Nunca el Cielo permitiera,  
para aumento de mi afán,  
que tras de tí yo viniera  
á la fiesta de San Juan.

## VI.

Pasaron algunos dias. Tulio y su jaco, tras de larga y penosas fatigas, habían llegado á su pueblo. El pobre caballo quedó inútil para siempre. El caballero triste y maldiciente, borró á San Juan de su almanaque.

Y cuando terminada la fiesta, y curado Leoncio por otra de su novelería, dió á Lucía el oportuno *calabazazo*, tornó ésta mas que más-tia á sus andurriales.

Don Anselmo envejeció mas pronto, de puro desengañado. Haber caballo mejor que Pati-blanco pase, aunque difícil de pasar; pero Cagüena ni santa Cagüena mejor jineta que su Lucía! Por poco se muere del disgusto.

Lucía una vez en sus batuecas, tornó sus ojos á Tulio que al verla venir la dijo huyéndola:

Guarda tus negros ojos,  
trigueña impía.

.....  
La mujer es yagrumo,  
cuya hoja aleve,  
al mas ligero soplo  
se cambia en breve

.....  
Nunca el Cielo permitiera,  
para sentir tanto afán,  
que á la Ciudad por tí fuera  
en la fiesta de San Juan.

Y éste era propósito tan firme, que ven-

dió sus reses y caballos y su estancia, y *mudóse* á otro pueblo.

Lucía envejeció recordando á San Juan. Pero no creáis que á todos en la fiesta pasaba lo mismo; sólo que cada cual hablaba segun le iba en ella, y Tulio fué quien, ya viejo, me la contó así.

A. T. y R.

A X....

SONETO.

¡Feliz, hermosa, el hombre que algun día  
De tu lábio á escuchar llegue un *te adoro!*  
¡Dichoso el que disfrute de un tesoro  
Cuál lo eres tú, de luz, de poesía!

¡Qué ventura mayor hallar podría  
En este valle de perenne lloro,  
Si dicha tal ni en el celeste coro,  
Ni en el cielo quizás, se gozaría!

¡Oh! dedicarte entera la existencia,  
Ser tu esclavo, admirarte, complacerte,  
Aspirar de tu ser la pura esencia.

Por tí arrostrar impávido la muerte,  
Llegar, por tu carino, á la demencia....  
¿Cabe dicha mayor, mas bella suerte?

Antonio Hernandez Perez.

## LAS MUJERES NORTE-AMERICANAS.

(POR UN INGLÉS.)

Cuando llegué á los Estados-Unidos, tenía cierta prevencion contra el bello sexo, pues sospechaba que eran todas de un corazón frío, y de un carácter satírico é independiente. Hoy debo confesar que me he visto sorprendido agradablemente.

Es indudable que en este país hay algunas jóvenes que tienen una gran semejanza con el retrato tan excepcional que voy á presentar, y hasta existen mujeres que desempeñan cargos de que en Europa solo los hombres tienen el monopolio. No me refiero á la enseñanza de las escuelas públicas, porque es preciso convenir en que la naturaleza ha dotado á la mujer de una aptitud especial para la educacion de ámbos sexos.

En Nueva-Jersey, encontré á una doctora Mme. Fowler que tenía título de médico, gozaba de gran reputacion y contaba en su canton con una numerosa clientela. Aunque en un principio traté de fingirme enfermo para mandarla á buscar con el objeto de experimentar sus conocimientos, despues que lo reflexioné, creí prudente desistir de semejante idea.

En diferentes localidades oí hablar de algunas damas que celebraban conferencias públicas. Una de ellas, miss Ana Dickinson, go-

zaba en este concepto de popularidad. En el Massachusetts se citaba un *clergyman* hembra, *clergywoman* debiéramos escribir, la reverenda Olimpia Brown, que presidía una numerosa congregacion á la vez que predicaba, oficiaba en los funerales, bautizaba y desempeñaba todas las funciones propias de un pastor. En el North-West me citaron otra, la reverenda miss Chapin que era ministra de la sociedad milwankee con una asignacion de 2,000 dollars.

En la escuela normal del Estado de Albany, conocí á una joven morena que era profesora de matemáticas, y un día que entré en su clase se hallaba haciendo repetir una demostracion sobre el encerado, á un estudiante que tenía mucha mas edad que ella y á quien reprendía siempre que se equivocaba. En Chicago el *Journal Judiciaire* (The Legal News) tenía por redactor en jefe á una señora, y ademas había otra que era uno de los examinadores de la escuela mas importante de la misma ciudad.

Estos casos aunque mas comunes que en Europa, no por eso dejan de ser raros. Las americanas en general, son tan graciosas, buenas y afectuosas como las inglesas.

Sin embargo, es preciso confesar que son de un tipo diferente. Una bonita joven del Canadá ó americana se parece mas bien á un ángel que á ningun otro ser de los que yo he visto, excepto en mis sueños. Sus facciones, que guardan perfecta simetría, su tez pálida, pero de una extraordinaria pureza, sus hermosos ojos que revelan inteligencia y su esbelto y delgado talle, forman la admirable vision que veis en todos los salones de América. No he visto jamas formas tan seductoras, y seguramente no me habría sorprendido si de repente las hubiera visto desplegar las alas y volar al través del empiéreo.

En medio de estas cualidades que no pueden menos de encantaros, las jóvenes americanas son en general pálidas y esbeltas, ó lo que es lo mismo demasiado pálidas y delgadas. De cada tres semblantes, uno, suponeis un caso de dispepsia. Las mismas jóvenes deben estar disgustadas al verse tan delgadas, porque continuamente se hacen pesar, y cada onza que encuentran de más es saludada con la expresion de la mas viva alegría.

¿Cómo os encontráis desde la última vez que os he visto?

Esta es la pregunta sacramental que una bonita hija del Estado de Connecticut dirige á otra.

¡Oh! estoy mejor, le contesta, desde el mes de Abril, peso diez y ocho libras más.

No hay extranjero á quien no sorprenda esta costumbre. Toda americana sabe lo que pesa, y esta idea la tiene tan preocupada y la cree de un interés tan general, que está pronta á decirla sin que se observe en ella la menor va-



cilacion. Uno de los primeros actos de un niño desde que suelta los andadores, es correr á una balanza para hacer anotar su peso, renovando esta operacion de cuando en cuando hasta que él mismo pueda pesarse.

Pero volvamos á la tez de las americanas. Aunque la palidez que cubre siempre su semblante pueda muy bien considerarse como un bonito color, es tan general, que deseais encontrar una mejilla sonrosada.

El poeta Lowell, á quien hice esta observacion, me contestó, que el color pálido que tanto me admiraba, lo producía el clima, porque en las montañas del Estado del Maine, en donde el aire es mas húmedo, se encucuetran muchas con buen color. Es muy posible que así sea; si bien hasta ahora solo he encontrado algunas en las montañas como se ven tambien en las llanuras de los diversos Estados que forman la Nueva Inglaterra.

Si he de decir mi opinion acerca de este punto, debo consignar, que sin negar la influencia que pueda ejercer el aire seco ó húmedo, tal vez la palidez deba atribuirse mas bien á la metafísica, al pan caliente y á los pasteles, y mas particularmente á los últimos, porque prescindiendo ahora del color de las americanas, no concibo como pueden vivir hasta una edad tan avanzada, comiendo tanto pastel y tan de prisa.

No me he sentado una sola vez á la mesa de un *yankée* por pobre que fuera, que no presentaran pastas ó pasteles que eran servidos no solo al papá y á la mamá sino al mas microscópico *gentleman ó lady* que en Inglaterra se llaman *babys*. De aquí debe deducirse que el pastel es un plato indispensable en la mesa de un americano. Es muy posible que el Congreso haga abolir el uso de las bebidas alcohólicas; pero no creo que consiga nunca que los pasteles desaparezcan de una mesa americana.

¡Y la metafísica! En una de mis escursiones al través del valle de Conneticut, conocí á un americano que tenía dos hijas completamente entregadas al estudio de la psicología y del álgebra. Un día me aseguraban que las dos horas que pasaban encerradas leyendo las obras del obispo de Colenso sir Williams Hamilton y de Kan, eran para ellas una verdadera distraccion. Me direis tal vez que este caso es una excepcion. Confieso que así es; pero tambien es preciso convenir en que el cerebro americano es un órgano de excesiva actividad, que se desarrolla muy pronto y puede por consiguiente dedicarse desde una edad muy tierna á los estudios abstractos.

Muchos padres y profesores me han asegurado que la gran dificultad que tenían que vencer con las niñas no era hacerlas estudiar, sino procurar que no avanzaran demasiado.

Con este motivo podría citar un colegio, que entre las diversas asignaturas que formaban la educacion ordinaria, hacían estudiar á los discípulos filosofía moral, psicología, geometría, álgebra, anatomía é higiene. En el programa de los estudios de adorno, figuraban los temas y las versiones en latin con la explicacion de Horacio y de Virgilio. Añadid á todos estos estudios el pan caliente y los pasteles y no creo que os admireis ahora de la palidez de las jóvenes americanas.

Si prescindimos del mal color y de lo aficionadas que son á la pastelería, estas jóvenes son encantadoras y exceden en mas de un concepto, á la mayoría de las inglesas. Todas son bien educadas é instruidas. Aunque me vanaglorio de ser inglés, me es forzoso decir, que las jóvenes de este país son muy ignorantes, ó al menos hay un gran número de materias que desconocen completamente. De aquí procede que algunas veces se vean muy apuradas en un salon teniendo que recurrir al piano, cuando no saben que decir para continuar la conversacion.

Las jóvenes americanas no desdennan la música; pero pueden prescindir de ella, merced á su excelente sistema de educacion que pone la instruccion al alcance de todas las clases. Así es que no solo saben hablar de una infinidad de asuntos mas ó menos formales, sino que las mas instruidas manifiestan deseo de aprender siempre. De modo que con una americana jamas languidece la conversacion: todas las materias las agradan ó demuestran al menos que las interesan, lo cual anima á su interlocutor á continuar.

Tal vez tengan cierta tendencia á hablar demasiado y hasta traten de materias que ignoren completamente; pero como saben de todo un poco y no les falta inteligencia, jamas os veis fastidiados con ellas.

Una corta residencia en los Estados-Unidos, me sirvió para corregirme de una cierta prevención que tenía contra las americanas. Creí que la gran afición que profesan á los estudios intelectuales debía hacerlas olvidar los deberes domésticos. Tambien tuve que rectificar mi opinion acerca de este punto. Despues de estudiar con el mayor detenimiento todas las clases de la sociedad, me convencí de que son tan buenas mujeres de su casa como las demas del globo. Esta circunstancia constituye una felicidad para las americanas en la imposibilidad en que se hallan de reclamar los auxilios de una sirvienta; pues, como ya diré en un capítulo especial, las familias de la clase media se ven obligadas á servirse á sí mismas. Por esta razon las jóvenes americanas se ven obligadas á aprender á hacer una cama al mismo tiempo que deben demostrar una proposicion geométrica, y aún las mas adelantadas en

teología, son también las que mejor hacen los pasteles.

El Dr. Samuel Jhonson me decía un día que un hombre prefería por esposa á una mujer que supiera guisar á una que conociera la lengua griega, porque no adivinaba sin duda que llegaría á suceder, que en algún país habría una mujer como madama Dacier, que es tan buena cocinera como perfecta helenista.

*D. Macrae.*

CUENTO DE EDGARDO POE.

### DOBLE ASESINATO.

(Conclusion.)

Los gritos y los esfuerzos de la madre, durante los cuales le fueron arrancados los cabellos, produjeron el efecto de cambiar en furor las disposiciones probablemente pacíficas del orangutan. De un rápido golpe de su brazo musculoso, casi separó la cabeza del cuerpo. La vista de la sangre transformó su furor en frenesí; reclinaba los dientes, echaba fuego por los ojos. Arrojóse sobre el cuerpo de la jóven, le hundió las terribles uñas en la garganta y no la soltó hasta que la hubo muerto. Sus ojos encendidos y salvajes dirigieron en aquel momento á la cabecera de la cama, encima de la cual vió el semblante de su amo, paralizado por el terror.

La furia del animal, que sin duda alguna se acordaba del látigo trocóse inmediatamente en terror. Sabiendo que había merecido un castigo, parecía que trataba de ocultar las huellas sangrientas de su accion, y brincaba por el aposento en un acceso de agitacion nerviosa, derribando y rompiendo los muebles á cada uno de sus movimientos, y arrancando los colchones de la cama. Finalmente, apoderóse del cuerpo de la jóven, y lo introdujo en la chimenea, en la posicion en que fué encontrada; en seguida cargó con el de la madre, que arrojó con la cabeza por la ventana.

Cuando el mono se acercaba á ésta con su carga mutilada, el marinero asustado, se bajó deslizándose sin precaucion á lo largo de la cadena, y huyó á su casa, temiendo las consecuencias del crimen tan atroz, y sin curarse, en su terror, de la suerte del orangutan. Las voces oídas desde la escalera eran sus exclamaciones de horror mezcladas con los ahullidos diabólicos del animal.

Poco me queda que añadir. El orangutan se había escapado sin duda del aposento por la cadena del para-rayos poco ántes de que hundieran la puerta, y al pasar por la ventana evidentemente la había vuelto á cerrar.

Mas tarde se apoderó de él su propio due-

ño, que lo vendió á buen precio para el jardin de las Plantas.

En cuanto hubimos referido en el mismo gabinete del prefecto de policía las circunstancias del negocio, adicionadas con algunos comentarios de Dupin, Lebon fué puesto en libertad. El prefecto, á pesar del justo concepto en que tenía á mi amigo, no pudo ocultar su mal humor viendo tomar este giro al negocio, y dejó escapar algunos sarcasmos acerca de la manía de algunas personas que se entrometian en las funciones ajenas.

— Dejadle hablar, dijo Dupin, que no había creído conveniente replicar, dejadle charlar, así aligerará su conciencia. Me alegro de haberle derrotado en su propio terreno. Sin embargo de no haber podido desembrollar este misterio, no hay motivo para asombrarse, y esto es menos singular de lo que se cree, pues, á decir verdad, nuestro amigo el prefecto es demasiado ladino para ser profundo. Su ciencia no tiene base; es toda cabeza, y sin cuerpo, como los retratos de la diosa Laverna, ó mejor, cabeza y espaldas como un bacalao; pero á pesar de esto, es un hombre de bien. Yo le quiero particularmente por un maravilloso género de *caut* al cual debe su reputacion de génio: me refiero á su manía de *negar lo que existe y de explicar lo quo no existe*. (1)

### UN INTERIOR DE DILIGENCIA.

*Traducido por E. F.*

Estábamos en los últimos días del mes de Setiembre. La lluvia despues de haber caído á torrentes durante todo el día, por fin había cesado; pero una niebla espesa cubría el cielo, y aunque apenas habian dado las cuatro parecía de noche.

Una pesada diligencia, á la que estaban uncidos fuertes caballos, subía con pena una de las pendientes difíciles que separan á Belleville de Lyon y los postillones andaban á los dos lados del vehículo, parándose á cada cincuenta pasos para tomar aliento. Los viajeros también habian bajado á la invitacion del conductor, y segufan á pié, maldiciendo los caballos, la lluvia y los malos caminos.

Dos de ellos que eran los últimos, se pararon de repente al doblar la cuesta. El uno era un hombre como de cincuenta años, de aspecto alegre y bondadoso; el otro mas jóven, por el contrario tenía cierto aire receloso. Paseó los ojos por el campo casi sepultado en la niebla, y dijo á su compañero:

— ¡Qué tiempo y qué año, primo Grugel! La Saone apenas ha bajado cuando ya los valles van á inundarse de dinero.

(1) Rousean, Nueva Eloisa.



— Dios nos guarde, Gontran, respondió el individuo de aire bondadoso; el arca de la alianza puede presentarse á cada instante sobre el diluvio.

— Sí, respondió Grugel con ironía, sé que tiene U. la manía de la esperanza.

— Como U. la del desaliento, Darvon.

— ¿No tengo yo razón, cuando veo cómo van las cosas en el mundo? ¿Dónde ve U. la paz, el orden y la prosperidad? No oigo hablar sino de incendios, de contagio, de diluvios, de asesinatos!

Lo que no hace la maldad de los hombres, la maldad de la naturaleza se encarga de hacerlo; pues la materia bruta por sí misma parece tener un instinto destructor. Los elementos son como las naciones, no pueden ser vecinas sin hacerse la guerra.

— Esto es un lado de las cosas, primo, el lado triste; pero hay otro del cual U. nunca habla. Vuestros ojos siempre están fijos en el volcan que humea en el horizonte, y no quieren bajar sobre los campos de trigo maduro que ondulan á vuestros piés. Hay en fin dicha en este mundo!

— Yo no sé nada, replicó Darvon, con tono triste.

— Pero U. mismo, no se encuentra aquí abajo, colocado entre los mas favorecidos?

— Es la verdad, contestó Jacques, y sin embargo no he podido encontrar, en todos los bienes que me han sido concedidos, la paz y la alegría.

— Qué puede U. desear, pues? U. es rico, honrado, tiene U. una familia que le ama!

— Sí, replicó Gontran; pero mi fortuna me ha costado el penoso pleito por el cual vengo de hacer el tercer viaje á Macon; mi buena reputación no ha impedido á mi adversario que me injurie por medio de su abogado: y por lo que respecta á mi familia.....

— Y qué? preguntó Jacques.

— Pues bien, mi hermana con quien había vivido siempre tan afectuosamente...., acabo de enfadarme con ella!....

— Será un enfado pasajero.

— No, no; estoy cansado de hacer las paces. He sufrido mucho con su falta de constancia y de razón.

— Piense en que ella tiene un corazón excelente. Y U. la perdonará.

— Oh! yo sé que U. tiene siempre razones para que yo sufra con paciencia mis incomodidades. U. tiene una receta para cada herida del alma y si apuro un poco más, me probaría U. que no tengo razón de quejarme, que todo es bueno aquí abajo.

— Dispénsame U., dijo Grugel, hay cosas que como á U. me hieren en el gobierno del mundo; pero no estoy muy seguro de saberlas apreciar bien. La vida es un misterio tan

grande del cual comprendemos tan poca cosa! Necesito confesároslo? Hay horas en que me persuado que Dios no ha afligido á los hombres con tantos males, sin intención, dichosos é inalterables se hubieran endurecido; cada cual hubiese contado con su fuerza individual, se hubiera complacido en su aislamiento sin tener simpatías hacia sus semejantes. La debilidad, por el contrario ha obligado á los hombres á unirse, á socorrerse y á amarse; el dolor se ha hecho un lazo, y á él debemos los mas dulces y nobles sentimientos: la gratitud, la abnegación, la piedad!

— Muy bien, dijo Darvon, sonriendo: no pudiendo sostener que todo está bien, ahora me va U. á probar que hay bien en el mal.

— Algunas veces, contestó Grugel: esté U. persuadido que el mal en sí, no es absoluto. La ciencia toma remedios del jugo de las plantas venenosas; ¿porqué no se podría sacar partido de las desgracias, calamidades y de las pasiones? Créalo bien, Darvon, no hay *mineral humano* tan pobre que no se pueda sacar de él algunas partículas de oro.

— Caramba! Yo quisiera saber entonces lo que se encontraría en nuestro compañero de viaje! exclamó Gontran, veamos, primo, pasemos por el análisis esta curiosa muestra de nuestra raza, que proclamamos la mas inteligente de las razas!

— Ciertamente, respondió Jacques, sonriéndose, que la casualidad no nos ha favorecido.

— No importa, no importa, replicó Darvon, á quien la misantropía hacía tacaño; *saqueemos el oro del mineral*, como U. dice. Antes de todo ¿cuántos granos espera U. sacar del vendedor de bueyes que va delante de nosotros?

Grugel levantó la cabeza y apercibió á algunos pasos, al viajero á que se refería su primo. Era un hombre robusto con blusa azul, que seguía con paso pesado el borde del camino acabando de roer un miembro de ave.

— Esta es la octava comida que le he visto hacer desde esta mañana, continuó Darvon, y los bolsillos del coche aún están llenos con sus provisiones! Cuando ha comido, duerme, despues vuelve á comer y despues vuelve á dormir para volver á empezar. No es ni siquiera un imbécil, es una máquina de digerir. U. lo ha visto, es imposible arrancarle una respuesta ni una noticia.

— Este es cuidado que se toma suficientemente nuestro compañero de la gorra de fieltro.

— Ah! hablemos de ese, y tratemos tambien de *sacarle su oro!* No forma parte de esta comitiva sino desde esta mañana y el conductor ya le ha enviado de la imperial á los viajeros del cupé, quienes le han enviado á los del interior. Hace solamente dos horas que está aquí y ya nos ha contado su historia y

la de su familia hasta el quinto grado. Sé que se nombra Pedro Lepré, que se ocupa como comisionista de géneros coloniales, hace veinte años, en los departamentos del Saone y Loire, del Aín, del Isere, del Ródano, y que se ha casado tres veces. Y si se pudieran evitar sus preguntas! pero es tan curioso como hablador y cuando ha terminado su confesion, quiere que uno le haga la suya.

Si U. piensa, él os habla, si U. habla, os interrumpe; su voz es como una carraca, de continuo en movimiento y cuyo ruido acaba por enervarnos.

— Pobre Lepré, dijo Grugel, sin embargo, en el fondo es un buen hombre.

— Tiene un mérito, dijo Darvon, que es el de molestar á la Señorita Athenais de Locherais; pues olvidábamos esta amable compañera de viaje, que, despues de haber gritado que era necesario bajar para aligerar el coche, se quedó sola por temor de humedecerse los piés.

— Es necesario dispensarla, observó Jacques, el aislamiento la ha acostumbrado á no tomar interés por nadie: es un corazon endurecido.

— Endurecido, replicó Gontran; U. se equivoca, primo: la señorita Athenais de Locherais tiene un amor inmenso... por ella misma! El mundo entero parece ser creado para su uso particular; ella no comprende que pueda suceder alguna cosa que no tenga conexion con ella y no sea para ella. Es una de esas dulces criaturas que cuando gritan en la calle ¡al asesino! ¡al asesino! dan una vuelta sobre su almohada quejándose de que las han despertado.

Grugel iba á responder, pero llegaron á la cima de la colina y la diligencia se había parado: el conductor llamaba á los viajeros, apresurándoles para que tomaran asiento. Acababa, en efecto, de llegar una estafeta anunciando que el Saone se había salido de madre y hacía imposible la travesía para Villa-franca, advirtiéndole que tomara á la derecha para pasar mas alto, y poder llegar á Anse por una vía indirecta. La diligencia que les precedía, no habiendo tomado esta precaucion, había sido sorprendida por las aguas, y se decía que algunas personas se habian ahogado. Dichosamente esta noticia no se había comunicado á los pasajeros; pero sabiendo la gran vuelta que tenían que dar, todos se quejaron.

— Hay una maldiccion sobre nosotros, dijo Gontran, contrariado ya por lo lento del viaje.

— Yo preveía el caso, señor, exclamó con volubilidad Pedro Lepré, de quien acababan de escapar los dos postillones y se lanzaba contra sus compañeros de camino. Ya me habian dicho antes que el Ardiere y el Vauzanne se habian salido de madre; nos falta ahora sa-

ber si podremos parar en Anse, donde encontraremos las aguas del Azerges y del Brevanne. ¿De qué lado vamos á tomar, conductor? ¿Pasaremos por el bosque de Oingt? Conozco al alcalde, un hombre grande y flaco que siempre está fumando. Pero, apropósito, dígame U, ¿no nos pararemos ántes de llegar á Anse?

— Imposible, respondió el conductor, bruscamente, tengo ya ocho horas de atraso.

— Pues bien, entónces dónde cenaremos? exclamó el vendedor de ganado.

— No cenaremos, señor.

— Declaro que quiero tomar un caldo, interrumpió con voz agria la Señorita Athenais de Locherais, que sacó la cabeza por la portezuela; yo tengo por costumbre beber un caldo á las cinco.

— No hemos tomado nada desde esta mañana, exclamaron todos los viajeros.

— Subid, señores, respondió vivamente el conductor, una hora de atraso puede impedirnos la llegada.

No hay que jugar con el desborde del rio, sobre todo de noche; no tengo ningunas ganas de ver mi coche ahogado.

— Ahogado! exclamó la Señorita Athenais; pero esto es horrible! Porqué no me previnieron? Conductor, exijo que os retireis del valle; U. responde de mí, conductor; me quejaré á los jefes... La diligencia que se puso en marcha, cortó la palabra á la vieja Sta. que se dejó caer en su esquina con una exclamacion lamentable. Jacques Grugel, se vió obligado á manifestarla, que el camino indirecto que tomaban les alejaba del Saone, y por consiguiente les ponía fuera de peligro.

— ¿Pero dónde me darán mi caldo? preguntó la Señorita Athenais ya un poco mas repuesta.

— No nos pararemos sino en Anse, respondió Lepré, el conductor lo ha dicho, y Dios sabe qué camino vamos á encontrar! Rutas departamentales, es decirlo todo. Y sin embargo conozco al ingeniero, es un hombre de talento. Su hijo se casó el mismo dia que mi hijo mayor. Pero no llegaremos ántes de mañana. Hubo un grito unánime: la mayor parte de los pasajeros no habian comido desde la mañana, teniendo en cuenta la comida que de costumbre se hacía en Villa-franca, y Gontran ya proponía, con su acostumbrada vivacidad, obligar á que se detuviera el coche en la primera aldea que encontraran y hacerse servir la cena, cuando el vendedor de bueyes exclamó:

— Una cena! tengo una á la disposicion de U.

(Continuad.)

*Establecimiento Tipográfico de González.*